

Espacios de Civilización: El Caso de los Lavabos Públicos en Nanjing, China

Civilization Places: The case of Public Toilets in Nanjing, China

Arán Romero Moreno

Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN

El artículo toma los lavabos públicos de la ciudad de Nanjing, China, como caso de estudio particular para analizar el concepto de *civilización* desde un punto de vista espacial y praxeológico. Aplicando una mirada antropológica —sirviéndose de descripciones y viñetas etnográficas— el autor relaciona las lógicas civilizatorias locales, propias de un contexto histórico y cultural particularmente chino, con las (ideo)lógicas mercantiles del capitalismo global, revelando una lucha de posiciones y contradicciones que suponen un límite claro para la noción normativa de civilización y, quizás, para el propio sistema capitalista.

PALABRAS CLAVE: civilización, revolución de los lavabos, espacio, cuerpo

ABSTRACT

The article takes public toilets in the city of Nanjing, China, as a case study to analyze the concept of *civilization* from a spatial and praxeological perspective. Applying an anthropological view —employing descriptions and ethnographic vignettes— the author links the local logics of civilization, particular to a historical and cultural Chinese context, with the (ideo)logics of global capitalism, revealing a struggle of positions and a set of contradictions that are a clear limit to the hegemonic notion of civilization and, maybe even, to global capitalism itself.

KEY WORDS: civilization, toilet revolution, space, bodily practices

INTRODUCCIÓN

Es difícil viajar a China en la actualidad, teniendo conocimientos de la lengua, y no prestar atención a la gran cantidad de mensajes urbanos, en forma de pancartas, lonas, paneles animados, pantallas de vídeo y multimedia de grandes dimensiones, del tipo: no escupir, no hablar gritando, emplear la lengua común¹, respetar las colas, no colgar ropa en las calles, no montar paradas de comercio informal, etc. Mensajes que se encuentran tanto en estaciones, hospitales, centros educativos, ayuntamientos y demás espacios de carácter institucional, como en otros “no-lugares” (Augé, 2000) menos institucionalizados: calles, carreteras, parques, plazas y lavabos públicos. En su conjunto estos textos urbanos constituyen toda una retórica de la *civilización* —englobada en chino bajo el concepto *wenming*—, cuyo propósito último es el de describir y prescribir, funcional y moralmente, el ideal contemporáneo de ciudadano chino (Romero, 2018).

En términos espaciales, los lavabos públicos a menudo han sido considerados como un “barómetro de civilización” (Stanwell-Smith, 2010); algo así como un indicador cualitativo universal que permitiría atribuir a cada sociedad del planeta una única coordinada espacio-temporal en la línea que va del atraso al progreso. Así lo hace, sin ir más lejos, el propio gobierno chino en sus campañas promocionales sobre la reforma nacional de los servicios públicos:

La Revolución de los Lavabos hace referencia a una medida de *progreso* y transformación en el *desarrollo* de los lavabos de China. UNICEF señaló, por primera vez, que los lavabos son un importante símbolo de *civilización*. Mejorar las condiciones *higiénicas* de los lavabos está directamente relacionado con la salud y el ambiente de los ciudadanos. El interés de China por la Revolución de los Lavabos se explica al atender el problema de la gobernanza rural. La Revolución de los Lavabos permite a la población acceder a servicios higiénicos, deviniendo una medida concreta para ayudar a los menos favorecidos. En noviembre de 2017, el Secretario General Xi Jinping dio instrucciones sobre la gran importancia de la Revolución de los Lavabos. En tres años dicho Secretario General ha hecho ya referencia explícitamente dos veces a la Revolución de los Lavabos. (Clip promocional sobre la campaña *Cesuo Guiming*. Fuente: Baiduke, traducción propia, cursivas añadidas²).

¹ *Putonghua*: el “chino estándar” o, literalmente, la “lengua común.”

² El clip se emite en televisión, redes sociales, pantallas del espacio público —estaciones de metro, tren, en los propios lavabos públicos—, etc.

No casualmente, el término *civilización* se define aquí por su proximidad a las palabras: *progreso*, *desarrollo* e *higiene*; conceptos que, en Europa, históricamente han definido la transición del modelo social preindustrial, al modelo industrial capitalista. La crítica que antropólogos, sociólogos e historiadores han dedicado a los discursos civilizatorios desarrollistas e higienistas viene, precisamente, de aquí, de la frágil línea que separa la funcionalidad del tipo universalista —higiene, sanidad, ecología...—, de un modo muy concreto de ideología moral —extractivismo, consumismo e individualismo posesivo (Larrea, 1997).

En este artículo propongo abordar el fenómeno civilizatorio en China desde una perspectiva espacial y, fundamentalmente, práctica. El objetivo es emplear mi propio trabajo etnográfico en los lavabos públicos de Nanjing —capital de la provincia de Jiangsu— para contestar las siguientes preguntas: ¿Qué papel juega la espacialidad en la transmisión de la civilidad hegemónica? ¿Cuál sería la relación entre modelo civilizatorio, espacio y capitalismo global? ¿Cuáles son los límites de este modelo? Así, parto de la premisa de que los espacios nunca son neutros y de que, en el acto dialéctico de habitar, estos son producidos por y productores de las distintas realidades sociales (Harvey, 2017). El caso de los servicios públicos en China es paradigmático pues en su heterogeneidad morfológica reflejan los enormes cambios socio-económicos que se están experimentando en el país desde su apertura al mercado global en 1978.

Empezaré por describir brevemente el método empírico de investigación. A continuación, concretaré a qué nos referimos cuando, desde una perspectiva sociológica, empleamos el término “civilización.” Seguidamente, trataré de ofrecer una breve contextualización antropológica de la China contemporánea para, finalmente, hablar de la dialéctica espacio-corporal concreta que se da en los lavabos públicos de Nanjing.

EL ENFOQUE ETNOGRÁFICO

La presente investigación forma parte de un estudio mayor que llevé a cabo durante doce meses, entre 2017 y 2018, en la ciudad de Nanjing. La elección del espacio urbano como emplazamiento de investigación fue, en gran parte, una

<https://baike.baidu.com/item/%E5%8E%95%E6%89%80%E9%9D%A9%E5%91%BD/12776637?fr=aladdin..>

respuesta a las dificultades que planteaba el querer analizar empíricamente un concepto sociológico tan amplio como es el de *civilización*. Espacio, por definición, producto y productor de tensiones entre los ideólogos del estado/mercado —*v.g.* planificadores, arquitectos, políticos y demás gestores de lo público— y del quehacer más pragmático de los ciudadanos —espacio de lo cotidiano. Dicho emplazamiento me permitió abordar el fenómeno civilizatorio desde la tensión misma, desde las contradicciones entre discurso y práctica que, de natural, genera la vida urbana.

La observación participante y el análisis situacional, por lo tanto, constituyen el núcleo duro de la etnometodología aquí planteada. Esto se concretó en la redacción de un diario de campo donde fui recogiendo tres tipos de datos principales: 1) fotografías de carteles oficiales sobre civismo *wenming* en el espacio público; 2) descripciones de las diferentes infraestructuras urbanas; 3) viñetas etnográficas de mis propios encuentros en estos espacios. Para desarrollar el argumento del presente artículo emplearé, sobre todo, datos del segundo y tercer tipo. Respecto a las viñetas etnográficas, estas consisten en descripciones de los encuentros cara a cara sucedidos en mi recorrido etnográfico habitual; estos son, comunicaciones verbales y no verbales, espontáneas y, casi siempre, efímeras, entre agentes que, o bien no se conocían de nada, o bien tenían un conocimiento mutuo superfluo. En estos encuentros hice de mis propias “quiebras de comprensión” (Agar, 1991) puntos clave de reflexión desde los cuales fui desarrollando, inductivamente, las subsiguientes indagaciones sobre el civismo chino, es decir, a partir del contraste de mi propia moralidad cívica —lo que yo de forma aprendida he interiorizado como pertinente— y la moralidad de aquellos con los que interactuaba diariamente —con sus propias versiones de lo pertinente e impertinente.

Escogí emplazar mi investigación en Nanjing precisamente por la significación histórica que la metrópolis tuvo durante la primera década republicana (1912-1949); avatar de Modernidad la ciudad fue tomada por los líderes e intelectuales chinos bajo el proyecto ideológico nacionalista y progresista que aún hoy impregna toda la política del país (Leibold, 2007). Pese a todo, Nanjing perdió su título de primera ciudad cuando el Partido Comunista Chino ganó la guerra civil en 1949 y, queriendo distanciarse del anterior mandato republicano, el nuevo gobierno reestableció el centro del país en Beijing. Desde entonces, la urbe ha pasado a un segundo plano como capital de provincia, con lo que conlleva además estar a la sombra de una megalópolis histórica como es Shanghái —a tan solo 300 km. En términos sociológicos Nanjing presenta características híbridas muy interesantes; se trata de una gran ciudad en pleno desarrollo urbano, con

más de ocho millones de habitantes, pero sin los desorbitados precios de vida que se dan en capitales como Beijing, Shanghái o, incluso, Hangzhou. Según el National Bureau of Statistics (2017) la provincia de Jiangsu es la más urbanizada de todo el país y una de las provincias con más proporción de inmigrantes rurales del estado que representan ya más del 31% de toda la población provincial. La Universidad de Nanjing es, además, una de las más prestigiosas de China, lo que atrae a numerosas personas de provincias distantes, generándose una gran heterogeneidad poblacional.

LOS PROCESOS CIVILIZATORIOS

Sin duda, Norbert Elias (1987) ha sido el gran teórico de la *civilización*, término que el sociólogo definió como un sistema de coerciones mutuas, emocionales y corporales, producto de procesos históricos de larga duración, cuyo resultado es, por una parte, la distinción simbólica entre unos cuerpos y otros —a través de la sobredefinición del comportamiento cotidiano— y, por la otra, la transferencia del uso legítimo de la violencia física sobre el Estado, es decir, la pacificación de los cuerpos de los ciudadanos en favor de un monopolio de la violencia burocratizada. En este sentido, cuando hablamos del eje “civilizado/incivilizado” nos estamos refiriendo a la relación entre el campo macrosociológico que genera la organización estatal —en el caso que analiza Elias, en los estados europeos— y el hábito microsociológico del sujeto, el corporal. Como consecuencia, en este sentido concreto de la palabra, dicha relación —nivel civilizatorio y poder estatal— será necesariamente correlacional.

Si tomamos estos postulados desde una perspectiva no eurocéntrica vemos que lo que Elias denomina el *proceso civilizatorio* es, en realidad, un seguido de procesos plurales que han coexistido por todo el mundo en forma de diferentes civilizaciones históricas; dicho de otro modo, organizaciones sociales altamente diversificadas donde ha aparecido la figura de un estado central normalizador. Uno de los casos más evidentes es el chino, cuyo territorio vio nacer los estados más centralizados, duraderos y prósperos del mundo clásico (Gernet, 2005). Resulta imposible, además, no advertir el paralelismo existente entre el tipo de codificación corporal que el proceso civilizatorio europeo ha ido imponiendo en forma de pudor, cortesía, educación y demás manerismos vinculados al triunfo de la burguesía como clase-modelo, y el ritualismo propio de la tradición confuciana siendo la performatividad corporal su piedra angular. Mucho antes de que en Europa existiese ningún tratado sobre comportamiento cortés, en China ya había compendios extremadamente detallados sobre etiqueta en la interacción

social —el más antiguo sería el famoso el *Liji* o “Libro de los Ritos” compilado durante la dinastía Han (206 a.e.c. – 220). Prueba de este paralelismo es que, desde los primeros encuentros interculturales, los europeos reconocieron un alto nivel civilizatorio en los chinos (Folch, 2016).

Con todo, la línea que separa lo cívico de lo incívico es siempre arbitraria; producto de desarrollos concretos dentro de fronteras geográficas específicas —aunque siempre porosas. Por este motivo, los procesos civilizatorios históricos en China y Europa no pueden hacer más cosa que denotar grandes diferencias entre sí. Estos se construyeron en base a ritos corporales, racionalidades colectivas y procesos de estratificación social muy dispares. Lo interesante aquí, sin embargo, es comprobar que tras los eventos traumáticos de las Guerras del Opio (1839-1860) y las subsiguientes “humillaciones” que los imperios europeos impusieron sobre la nación China, la hibridación civilizatoria en el país asiático empezaría a acentuarse poderosamente, hasta el punto de que ciertas nociones europeas sobre lo que significa o no ser civilizado siguen aún más que presentes.

Vemos un claro ejemplo en lo referente a la privacidad y el pudor corporal —especialmente cuando se está hablando de temas como el alivio personal, la orina y los excrementos— en los textos sobre decoro del siglo XVII y XVIII que Elias cita abundantemente, y que bien podrían formar parte de las actuales campañas civilizatorias del Partido Comunista Chino.

Igualmente, no es decoroso que un hombre decente y honesto se prepare para realizar sus necesidades naturales en presencia de otras personas o que, una vez las ha realizado, vuelva a abrocharse y a vestirse en su presencia. Y, cuando regrese de aquellos lugares secretos, no debe lavarse las manos en presencia de una compañía honorable, puesto que la causa por la que se lava sugiere de inmediato el pensamiento de una cochinada (Texto del Arzobispo de Benevento, citado en Elias, p. 172)

La principal crítica que el trabajo de Norbert Elias ha recibido por parte de otros científicos sociales es su fuerte carácter eurocéntrico. Como hemos dicho, el sociólogo alemán tiende a vincular la civilización con el Estado, dando a entender que las llamadas “sociedades arcaicas” no han podido desarrollar manierismos enfocados a la distinción social similares a los surgidos en las grandes civilizaciones (Hahn, 2018). Además, su análisis es fundamentalmente discursivo, basado en materiales textuales: manuales de cortesía, novelas, textos literarios, etc. Por ende, las contradicciones y desacatos que suceden en el día a día práctico —las contradicciones entre lo que se dice que se hace y lo que se

hace realmente– quedan totalmente omitidas. Como apunta Pierre Bourdieu (2008) existe un peligro evidente en tomar demasiado en serio el discurso oficial, como puesta en práctica, ignorando las importantes estrategias de segundo orden que implican, por ejemplo, que la gente juegue con los límites de la norma y se adhiera a ella según conveniencia, sin dejar por ello de reconocerla (p. 273).

Desde el punto de vista teórico la aportación del presente estudio consiste, precisamente, en evidenciar tales contradicciones desde un contexto no europeo, poniendo sobre la mesa las tensiones existentes entre un modelo civilizatorio importado, aplicado en China a través del discurso de estado, y la razón práctica de la población que sigue imponiendo sus propias lógicas civilizatorias.

EL PARADIGMA RURAL-URBANO EN CHINA

En el año 2011 por primera vez en su larga y heterogénea historia, China atestiguaba cómo sus habitantes urbanos superaban ya en número a sus habitantes rurales (Chan, 2012); hasta entonces la principal constante de la unidad política y cultural que hoy conocemos como *Zhongguo* o País del Centro había sido su población mayoritariamente campesina. Hay que tener en cuenta que, en 1980, ya en plena apertura económica y política, el 80% de la población seguía viviendo en zonas agrarias, dedicándose al cultivo y la ganadería (Ma, 2003). Por otro lado, pese a que en el periodo feudal las ciudades chinas habían destacado a nivel mundial por su inigualable desarrollo comercial y tecnológico, éstas jamás fueron concebidas como núcleos políticos y económicos autónomos del mismo modo en que lo fueron ciudades europeas como Atenas, Roma o Venecia, siendo las diferencias entre zonas urbanas y rurales en China más del tipo simbólico —de estatus, religioso, educativo, estético, etc.— que no puramente político, económico y militar (Gernet, 2005). Es por este motivo que el año 2011 representa el horizonte de sucesos de un proceso de desarrollo urbano que empezaría con la fundación de la república en 1912 y que alcanzaría su cénit tras las reformas postsocialistas de 1978, convirtiendo las principales ciudades del país en grandes focos de atracción migratoria.

Ya a inicios del Gran Salto Adelante (1958-1960) cuando Mao Zedong ordenó la colectivización de la economía por medio de las unidades de producción *danwei*, 20 millones de campesinos emigraron a los distintos núcleos industriales del estado, más productivos que las zonas agrícolas y, por ende, mejor compensados a través del método socialista de valoración por tareas y puntos. Ante esta sobreabundancia de mano de obra urbana, el Partido Comunista Chino (PCC) reaccionó endureciendo las medidas de control sobre la movilidad interna, ya

existentes desde 1954. El resultado fue, cuatro años más tarde, la creación del sistema *hukou*, un pasaporte intranacional y hereditario —inspirado en el *prospiska* soviético— que vinculaba permanentemente a todos los habitantes del país a sus *danwei* de origen y, por ende, a sus tierras natales (Chan, 2012). A partir de entonces, la sistematización del registro residencial dificultaría en extremo cualquier intento de traslado interno en el país, hasta el punto de resultar prácticamente imposible sin la ayuda de puertas traseras vinculadas al PCC (Chance, 1991). A la larga, esto agravó profundamente las disparidades previas entre el campo y la ciudad, generando dos clases muy diferenciadas de ciudadanía: la urbana, con acceso pleno a la sanidad, a la educación y al sistema legal, y la rural, con un acceso limitado —a veces incluso nulo— a todas estas prestaciones públicas (Chan, 2012).

Con la muerte de Mao Zedong en 1976 el ala aperturista del Partido —encabezada por Deng Xiaoping— tubo vía libre para iniciar sus Cuatro Grandes Modernizaciones, esto es: agricultura, industria, sector militar y sociedad-tecnología. Desde ese momento, la economía china empezó a abrirse al mercado internacional abandonando progresivamente la planificación central —primero al nivel provincial y, posteriormente, en el resto del territorio. Si en las unidades de trabajo socialista cada persona tenía su labor asignada de forma estable, siendo la ratio de empleo casi del cien por cien, a partir de los años ochenta la ciudadanía se veía inmersa en un mercado laboral fluctuante que se regía, fundamentalmente, por las leyes de la oferta y la demanda —aunque, de facto, las *danwei* no empezarían a desmantelarse hasta los años noventa (Tomba, 2014). Pese a que después de 1978 las restricciones para abandonar las *danwei* desaparecieron, llevando de nuevo a millones de personas a desplazarse hacia la ciudad, el sistema *hukou* siguió de iure vigente, reproduciendo todas las desigualdades que este acarrea —de nuevo, legales, materiales y simbólicas.

A partir de las reformas de 1978 el principal cambio en el sistema *hukou* fue una creciente tendencia a unificar la doble distinción existente entre *hukou* de clase —el que fija jurídicamente a la *danwei* natal— y lugar de circunscripción —el que indica el lugar de residencia temporal—, además de una clara descentralización de las competencias respecto a la gestión de la inmigración interna en favor de las administraciones locales. Sin embargo, lejos de representar la abolición del pasaporte, los cambios del sistema *hukou* han ido dirigidos, principalmente, a jurisdicciones individuales, barrios y distritos cercanos a los núcleos urbanos en expansión para facilitar la integración de estos residentes periféricos dentro de la administración metropolitana —facilitando, de este modo, la expansión urbana. Por otro lado, la flexibilidad concedida desde

los años ochenta en adelante a las instituciones urbanas para decidir sus propias cuotas de regularización ha acabado favoreciendo a la gente con un mayor poder adquisitivo. Como Chan y Buckingham (2008) apuntan, los requisitos locales para establecerse en la ciudad de forma permanente no tienen una gran relevancia para la gran mayoría de migrantes rurales; sin ir más lejos, en la ciudad de Nanjing se requería la compra de un apartamento de al menos, 60 m² para entrar en la posibilidad de obtener el permiso de residencia permanente (Zavoretti, 2017: 32).

Según el National Bureau of Statistics (NBS, 2017), en el año 2017 en toda China se estimaba una población flotante (*liudong renkou*) de 240 millones de personas, siendo estos individuos cuyo padrón resultaba inconsistente con el lugar en el que realmente estaban residiendo. Tan solo en la provincia de Jiangsu —de la que Nanjing es capital—, de los 80 millones de habitantes, 25 correspondían a inmigrantes extraprovinciales. Frente a este tipo de asentamiento urbano “alegal” —más que ilegal— la respuesta común por parte de las administraciones locales ha sido la de mirar hacia otro lado; sin perseguir sistemáticamente al trabajador inmigrante, pero a la vez, ignorando su evidente vulnerabilidad material y jurídica. Actualmente, el sistema *hukou* sigue resultando central en la segregación y gestión de una parte mayoritaria de la población china que, con la reintroducción de la economía de mercado y la participación en el sistema de producción global, ha pasado a ser una fuente de mano de obra barata casi ilimitada. Como señala la antropóloga Ann Anagnost (2004), en las economías de mercado la precariedad es altamente rentable, como consecuencia, en China la pasividad institucional con respecto a la situación de los inmigrantes rurales ha venido incentivada por las propias lógicas del capitalismo global y del desarrollismo urbano. Diversas etnografías se han hecho eco del sinfín de motivaciones individuales y familiares que actualmente llevan a abandonar la vida rural: el ahorro económico, la huida del modo de vida campesino, un espíritu emprendedor, la atenuación de los asfixiantes marcos del patriarcado y un largo etcétera que demuestra que, pese a que las aspiraciones materiales juegan un papel fundamental, no es posible reducir todo el fenómeno migratorio a la cuestión económica (Chen et al., 2001; Friedman, 2004; Gaetano y Jacka, 2004; Zavoretti, 2017).

Si retornamos al hecho de que los procesos civilizatorios son siempre heterogéneos, dependientes de contextos espacio-temporales particulares, podemos ya intuir que la acelerada traslación en de una sociedad rural a una urbana supondrá, inevitablemente, una transformación análoga de las lógicas civilizatorias en un sentido general. Esto significa que los hábitos corporales

adaptados a la materialidad del campo se verán, de golpe, trasladados —dislocados— a los espacios urbanos del país. Y lo mismo sucederá con el sentido moral del orden y la higiene.

LA EVOLUCIÓN DE LOS LAVABOS Y RETRETES EN CHINA

El carácter *ce* 厕 se emplea en chino moderno para hacer referencia al “lavabo,” concretamente con la palabra bisilábica: *cesuo* 厕所; sin embargo, en muchas regiones del país este carácter todavía es hoy sinónimo de “porqueriza” (Dai, 2018). La relación entre los dos significados es bastante evidente; antiguamente los chinos residentes en zonas rurales —como ya hemos dicho, la abrumadora mayoría de la población— no contaban con un techo explícito bajo el cual hacer sus necesidades biológicas o se hacían en letrinas comunitarias, normalmente siendo el propio campo, en toda su extensión, tal espacio. Era habitual, empero, que para aliviarse la gente acudiera también a las pocilgas de modo que los deshechos —humanos y animales— pudieran reaprovecharse posteriormente como alimento para cerdos, abono para la tierra o directamente como mercancía de venta —usos que aún se contemplan en algunas regiones rurales de China (Ibid.).

En las ciudades la cosa cambiaba, las casas de los clanes más pudientes, normalmente construidas siguiendo los preceptos estéticos y cosmológicos del tipo *sihe yuan*, esto es, una zona amurallada con patio interior y cuatro casetas independientes, poseían una pequeña habitación en la esquina suroeste del patio que todos los miembros familiares utilizaban como servicio. Así, por cada de uno de estos complejos residenciales diariamente pasaban comerciantes de heces que se encargaban de la recolección —por lo general, gente perteneciente al estrato social más pobre (Geisler, 2000). Para la mayor parte de los urbanitas, sin embargo, el modo común para aliviarse era el *matong* consistente en un cubo portable de madera, perforado por la parte superior, en cuyo interior se vertía agua, luego siendo posible su lavado y reutilización. Esta era la forma más habitual de inodoro en la ciudad sin que existiera siquiera un espacio reservado explícitamente para su uso dentro de las viviendas. Algunos registros del medioevo indican que, en ocasiones, el *matong* se incluía como parte de la dote de la novia (Dai, 2018), probablemente como símbolo de “estatus urbano.”

Los lavabos individuales, como parte de la propia arquitectura interior de las viviendas, junto a dormitorios, comedores y demás salas, no fueron introducidos en China hasta mediados del siglo XIX, cuando los colonizadores europeos empezaron a construir edificios empleando su propio estilo arquitectónico

—ahora sí, incluyendo lavabos interiores privados y retretes de porcelana modelo Thomas Crapper³. Sería bajo el mandato del partido fundador de la república, el Kuomintang, que en 1940 se iniciaría la construcción de alcantarillado y lavabos públicos en algunas ciudades del país, posteriormente extendidos bajo el mandato del Partido Comunista Chino. No obstante, aún hoy, en algunos barrios periféricos —o céntricos en reconstrucción— es posible encontrar fosas sépticas y tanques independientes que requieren ser vaciados y limpiados independientemente de forma periódica (Geisler, 2000).

Los lavabos de los *hutong* en Beijing son un claro ejemplo del estilo arquitectónico en el que se construían estos espacios durante el periodo maoísta. Cubículos de obra, separados en dos estancias para hombres y mujeres, en cuyo interior no había ningún tipo de división física, tan solo el seguido de agujeros en el suelo de porcelana colocados en filas paralelas, uno al lado del otro. Como es de imaginar, desde un punto de vista normativo — de moral pequeño-burguesa— en este tipo de servicios no queda espacio alguno para la intimidad, el pudor o los escrúpulos ya que uno hace sus necesidades, siempre en la posición de sentadilla, frente o al lado del otro, a plena vista de todos los presentes en la sala. En este sentido, los ideólogos del gobierno comunista imaginaban estos recintos como lugares pragmáticos, lugares de socialización que permitiesen romper el tipo de organización social tradicional basada en la familia en favor de una noción del *nosotros público* que encarnaría el estado-nación: “teniendo en cuenta que los espacios abiertos eran en muchos casos los únicos centros de socialización exteriores en un barrio, los lavabos públicos devinieron también contextos para la interacción, donde los vecinos de forma natural charlarían codo a codo sobre las noticias del vecindario” (Geisler, 2000: 217).

A partir de las reformas de los años ochenta, con la creciente descentralización del estado y el boom del desarrollo urbano, cantidad de gobiernos provinciales iniciaron sus propios planes de renovación del equipamiento público; especialmente en grandes metrópolis como Beijing o Shanghai, los lavabos siendo uno de los focos de atención de dichas campañas políticas. Mas, no fue realmente hasta 2015 que el Partido decidió hacer de los servicios públicos un símbolo del avance civilizatorio nacional. Desde ese año, el gobierno central puso en marcha la llamada “Revolución de los Lavabos” —*Cesuo de Geming*—,

³ Thomas Crapper fue el inglés que inventó, a finales del siglo XIX, el que es hoy el modelo de retrete más utilizado en todo el mundo, consistente en la taza del tipo asiento y el dispensador de agua colgante con la cadena activadora; importado en China durante la colonización británica (DuPont & Bean, 1978).

abanderada por la Administración de Turismo Nacional de China y consistente en un plan de reconstrucción masiva de los servicios públicos de todo el país, empezando por las zonas más turísticas y de mayor relevancia económica. El resultado en estos primeros tres años —hasta 2018— fue la renovación de más de 68.000 lavabos, cifra que se esperaba doblar en el siguiente trienio (Hou, Wang y Liu, 2017).

La ciudad de Nanjing fue una de las primeras urbes en formar parte de estas campañas de alcance nacional; en el siguiente apartado veremos cuáles han sido sus efectos materiales, pero antes cabe apuntar un hecho importante y es que, por la evolución histórica del espacio urbano chino que aquí hemos bosquejado, con pocos servicios internos en las residencias tradicionales y una expansión de los lavabos públicos que empezaría sobre todo en el periodo comunista, estos se presentan aún hoy —pese a los enormes cambios en el modelo urbano— como imprescindibles. Según las estadísticas, en todo el país más de 57 millones de habitantes siguen sin disponer de lavabos interiores en sus propias residencias, de los cuales 40 millones dependen plenamente de los servicios públicos (Cheng et al., 2018). Esto provoca que, por ejemplo, en una gran ciudad como es Nanjing, donde la expansión comercial prolifera por todas partes, la mayoría de los pequeños establecimientos de proximidad —restaurantes, cafeterías, teterías, etc.— no cuenten con retretes propios internos en los mismos edificios.

LOS LAVABOS PÚBLICOS EN NANJING

En mi estancia en Nanjing, tan solo en el distrito Xuanwu —uno de los dos distritos que conforman el centro histórico y financiero de la ciudad—, encontré una gran variedad en las apariencias exteriores de estos servicios públicos, ya que las construcciones no seguían un estilo uniforme y homologado para toda la metrópoli. Al contrario, dependiendo de la zona, la antigüedad y del contexto espacial en el que se encontraran, los servicios dejaban un gran margen para la variación estética y morfológica. En ocasiones las casetas de obra eran de diseño austero, puramente utilitario, sin decoración; normalmente equipadas con un recibidor donde se encontraba el lavadero de manos que distribuía las dos salas contiguas para hombres y mujeres. En otras ocasiones, las casetas eran auténticas obras de arte, con elaborados trabajos de mampostería, columnas, relieves, gravados de piedra, ilustraciones, diseños, etc. Algunas veces aplicando un claro estilo occidental: columnas dóricas, jónicas o corintias, cúpulas y otros elementos arquitectónicos neoclásicos; pero, siendo muy habituales también los servicios de estilo tradicional chino, con tejados curvados color verde y mostaza, cenefas

coloridas en las paredes —típicas del budismo como son, por ejemplo, los *wan* o “esvásticas budistas.” Por último, estaban aquellos edificios que no habían sido alcanzados por la nueva revolución de los lavabos, de apariencia decadente, ennegrecidos y desgastados, denotando su evidente antigüedad y uso.

Respecto al interior, en todos estos lavabos identifiqué hasta cinco tipos distintos de configuración espacial —es preciso señalar aquí que, por mi condición como hombre, no tuve más remedio que tomar como referencia etnográfica los lavabos masculinos. Por un lado, estaban aquellos servicios de reciente construcción que se encontraban divididos en varias cabinas independientes, cada una con su puerta y pestillo, casi siempre equipados con retretes del tipo taza. En ocasiones, dependiendo del tamaño del espacio interior, los mismos lavabos contaban con orinales verticales para los hombres, cada uno con su sistema de sensores automático para que el agua fuera circulando cuando llegaba el siguiente usuario. Estaban aquellos otros lavabos separados en cubículos individuales, pero que en vez de contar con tazas o agujeros en el suelo daban a una zanja de aluminio que comunicaba todos los cubículos por medio de un desagüe común; de tal modo que lo que caía en el canal del primero de los cubículos se transportaba por la corriente de agua hasta el desagüe del último espacio siempre a la vista de todos los usuarios. Por otro lado, estaban los lavabos que se asemejaban más a los del casco antiguo de Beijing, generalmente situados en las zonas menos turísticas, consistentes en una sola fila de agujeros en el suelo de porcelana con separadores laterales de obra o plástico, pero sin puertas frontales. Por último, hay que considerar el rol que cada vez más tienen, en este sentido “público,” los lavabos de los centros comerciales; mucho más modernos, algunos equipados incluso con pantallas y otros multimedia, con espacios individuales y puertas, pestillos y retretes de taza modelo Crapper —con alguna excepción, donde el agujero en el suelo aún resiste a su desaparición—, además de contar con servicios de limpieza regulares. Podemos entender como parte de esta última categoría los lavabos que unas pocas cadenas comerciales privadas sí poseían —casi siempre marcas extranjeras como Starbucks, McDonald o KFG— contradiciendo la tendencia general a la inexistencia de lavabos privados en los comercios de uso público.

En resumen, todo Nanjing estaba repleto de una gran variedad de servicios construidos durante diferentes periodos, bajo criterios estéticos y funcionales muy distintos. Las zonas más turísticas, zonas cercanas a grandes parques naturales, a monumentos y a los núcleos urbanos correspondientes a los distintos periodos imperiales, eran los que más se habían beneficiado de la Revolución de los Lavabos, albergando las construcciones más nuevas y mejor cuidadas. Casi siempre equipadas con retretes de taza y cubículos individuales, y solo superadas,

en cuanto a su limpieza y mantenimiento, por los servicios de los numerosos centros comerciales de la ciudad. Sin embargo, incluso en este tipo de lavabos de “alta gama” era evidente el enorme uso que se hacía de ellos, a menudo, produciéndose una desincronía entre la imagen de orden y pulcritud que evocaban los edificios en su fachada, distribución y estilo, y el desgaste interno producto de un uso masivo continuado. En las zonas más humildes de la ciudad —en el caso de Nanjing las más periféricas, con mayor población rural— se encontraban los servicios de mayor antigüedad y menos rehabilitados.

TRANSFORMACIÓN ESPACIAL, TRANSFORMACIÓN IDEOLÓGICA

Luohanxiang es una calle de un solo carril y dos estrechas aceras a cada lado, el pasaje fluye de norte a sur uniendo la calle principal Zhogshanmen con una de las entradas al campus de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Nanjing. Esta se encuentra repleta, longitudinalmente, de pequeños comercios del tipo familiar, la mayoría restaurantes y otras tiendas de alimentación, aunque también hay un par de comercios de ropa, una ferretería, una papelería, una peluquería, un estanco y una óptica. La gente deambula caóticamente arriba y abajo por el callejón esquivando el continuo flujo de motos y bicicletas que circulan. Las diferencias entre la carretera y la calzada son casi nulas ya que tanto los ciclomotores como los viandantes invaden sus respectivos espacios opuestos. Aparte de los trabajadores de los pequeños negocios, la zona siempre está repleta de estudiantes; es común que muchos de los residentes de las urbanizaciones de lujo circundantes se acerquen a Luohanxiang para disfrutar de su deliciosa comida callejera. Después de varias horas trabajando en mi diario de campo en la única cafetería del lugar, y como consecuencia de haberme tomado varias tazas de té, me urge la inevitable necesidad de ir al baño.

Finalmente doy con el edificio público, una habitación de obra que parece de construcción reciente. Al acceder al interior del espacio reservado para los hombres me golpea, de inmediato, el ya familiar y potente olor a tabaco. Dos de los tres orinales verticales de porcelana están ocupados, mi primera reacción es ir directo a los cubículos individuales que veo al fondo; en vez del antes común retrete de agujero en el suelo veo asomar una taza de “estilo occidental.” A mi paso hacia el interior uno de los usuarios de los orinales verticales, un chico joven que lleva una mochila a la espalda, acaba su labor y se marcha. El otro personaje es un hombre de mediana edad que orina con los pantalones y la ropa interior bajada hasta los tobillos con el trasero completamente al aire. Pese a la señal de prohibido fumar, este señor sostiene despreocupadamente un cigarrillo encendido en la boca. Nada más entrar al

cubículo individual la imagen que encuentro me provoca profundas nauseas, el retrete está totalmente embozado, rebosando una mezcla de papel y heces... completamente inservible. Al girarme, el señor con los pantalones bajados – que no ha dejado de seguirme con la mirada— lee la profunda repugnancia en mi cara y, entonces, con una mueca sarcástica que hace que el cigarrillo casi se le caiga de los labios murmura: *laowai*⁴. (Diario de campo, enero de 2018)

Resulta sencillo trasladar la lógica de la transformación espacial de los lavabos, a la sociológica cultural y económica del conjunto de la sociedad china. La multiplicidad de estilos y formatos en los lavabos de Nanjing corresponde a una multiplicidad de *habitus* (Bourdieu, 2008) en plena disputa por el significado práctico del espacio público, a la vez que este se revela como un actor clave en la construcción de las nuevas subjetividades urbanas. La espacialidad de los servicios públicos denota una clara transformación del sentido de la individualidad, del pudor y la privacidad. Los cubículos individuales, con sus puertas, separadores y pestillos son la representación física de un espacio simbólico corporal cambiante: el “espacio vital” que establece una firme separación entre el *tú* y el *yo* necesaria para el desarrollo de un tipo concreto de individualidad. Las tazas de porcelana o de aluminio —en Nanjing cada vez más comunes respecto al clásico agujero en el suelo— denotan el creciente distanciamiento entre el cuerpo y sus propios deshechos, la expulsión e higienización de lo execrable y lo sucio. A diferencia del agujero en el suelo, dicho sea de paso, sistema que las mujeres suelen agradecer pues les evita el contacto directo con la superficie de los inodoros, el retrete-asiento de porcelana “higieniza” todo el proceso de interacción con los deshechos corporales, no solo en el sentido físico —para evitar gérmenes y miasmas indeseados—, sino también en el simbólico, aislando el excremento del campo visual y olfativo, haciéndolo desaparecer de inmediato con un solo gesto de la mano: tirar de la cadena.

Pero, este es tan solo el nivel más corporal y microsociológico de la transformación; la revolución de los lavabos públicos opera también en el nivel macro, en tanto a que “lo público” deviene sinónimo de Estado y, por ende, de Partido. La modernización de los lavabos es una forma de escenificar —de preparar el *setting* diría el sociólogo Erving Goffman (1990)— la modernización

⁴ *Laowai* es un término vulgar —aunque puede, o no, tener connotaciones despectivas— que los locales utilizan para referirse a los extranjeros no-chinos. Se podría equiparar al término “guiri” en castellano.

del país, los progresos económicos y la participación de la nación en todos los aspectos de la globalización, incluido el de la civilización. De puertas hacia fuera —y de ahí que sea precisamente el ministerio de turismo el que se encargue de ello— la renovación los lavabos públicos es una forma de revitalizar la imagen de China en su conjunto. Imagen que durante años ha sido castigada por los relatos sobre el “incivismo” que tanto ha atraído a la prensa extranjera⁵. De puertas hacia dentro, sin embargo, la inversión en servicios públicos puede simbolizar el compromiso que el gobierno de Xi Jinping tiene para combatir la extrema inequidad material que la sociedad China está experimentando desde las últimas décadas (Thomas, 2018), inversión en “lo público” como espacio virtualmente al alcance de toda la ciudadanía.

Mas la revolución de los lavabos no responde tan solo al ámbito de lo simbólico; en esta se intuye ya cierta transición hacia un modelo de gestión de lo público privatizado o semiprivatizado. Durante mi trabajo de campo detecté una creciente preferencia —especialmente entre la gente joven— por el uso de los lavabos en los centros comerciales: “están más limpios,” “hace menos frío,” “son más convenientes,” “tienen papel,” son algunas de las razones que mis informantes expresaban para explicar su preferencia por dichos servicios. Como espacios entre lo privado y lo público, el centro comercial unifica en términos espaciales las necesidades biológicas del cuerpo y las necesidades de consumo del mercado por medio de la exposición constante y obligatoria a la infinidad de productos disponibles en los comercios de estos. Lo mismo sucedía con los lavabos internos de determinadas cadenas de restauración que, si nos guiamos por la experiencia en otros lugares del mundo, no es de extrañar acaben por exigir el consumo obligatorio como condición *sine qua non* para el acceso a los mismos —como sucede, por ejemplo, en la mayoría de bares y restaurantes de Barcelona. Cabe decir respecto a este punto que, de momento, la gente emplea los servicios de los centros comerciales y de los establecimientos privados sin ningún tipo de restricción y que, a su vez, los comercios se ven incapaces de controlar o restringir tal uso debido al gran volumen de usuarios.

Es en este sentido puramente práctico que los lavabos de Nanjing acababan presentándose como espacios incoherentes, excesivos —en tanto a que excedían a

⁵ Dos de los múltiples ejemplos pueden ser estos artículos periodísticos del *New York Times* y de la *Vanguardia*:

<https://www.nytimes.com/2007/04/17/world/asia/17manners.html?pagewanted=all%20%20>

<https://www.lavanguardia.com/>

su uso normativo. Por ejemplo, sea en las estaciones, en los centros comerciales o en los lavabos urbanos, los servicios públicos se convertían en el refugio último para fumadores; principales campos de batalla contra las normativas antibaco que el gobierno ha implantado en los últimos diez años. Así, sin quererlo, los carteles de los lavabos se convertían en indicadores textuales de esta lucha por la hegemonía civilizatoria; sucedía que en un mismo servicio podían aparecer carteles advirtiendo de la prohibición del hábito de fumar y, simultáneamente, otros carteles pidiendo a los usuarios que no lanzaran colillas dentro de los orinales –dando por hecho que la gente fumaría allí de todos modos.

Además, era en los lavabos públicos donde el sentido del pudor normativo, marcado por las divisiones objetivas del espacio en forma de cubículos, puertas, pestillos y tazas, era constantemente desacatado en el uso fáctico que de ellos se hacía: dejando las puertas abiertas mientras hacían sus necesidades, subiéndose con los pies sobre las tazas de cerámica para adoptar la posición en cuclillas o simplemente a través de la ignorancia más absoluta que los usuarios se prestaban entre sí –como ya hemos dicho en términos de pudor, de “consideración mutuas,” etc. Es en este sentido que los lavabos, en su dimensión concebida, experimentada y vivida (Harvey, 2017) simbolizan el tira y afloja entre la *idea* y la *práctica* civilizatoria, entre el cambio de las subjetividades y la configuración y reconfiguración actual del espacio urbano.

En la viñeta etnográfica que he utilizado para abrir este apartado puede verse ilustrado dicho exceso práctico. Por un lado, pese a la insistencia de carteles y campañas cívicas, pese a la imagen de pulcritud y “civilización” que tan a menudo estos espacios pretenden proyectar, el propio uso continuado en un contexto de necesidad –en la mayoría de casos no hay más remedio que utilizar estos lavabos públicos— acaba por desbordar cualquier “idea” sobre el civismo higiénico en favor de una realidad puramente material –a menudo, de insuficiencia. Si bien hemos dicho que el espacio urbano orienta y produce prácticas y hábitos, es el cuerpo el que en última instancia los sintetiza, los esquematiza y automatiza. “Ser-en-el-mundo” –en el sentido fenomenológico– significa inscribir en el cuerpo un espacio y en el espacio un cuerpo. En este caso concreto, la morfología espacial y discursiva civilizatoria tratan de inscribir en el cuerpo de los ciudadanos una práctica basada en la espacialidad de los retretes-asiento y cubículos individuales, pero dicha práctica acaba contrastando con un hábito corporal adecuado a una espacialidad previa distinta: la de los agujeros en el suelo donde la postura corporal natural es la de acuclillarse. ¿Cuál sería en este ejemplo, pues, la dirección opuesta en la relación cuerpo-espacio? Precisamente la de las huellas y pisadas en los retretes de tazas que indican que la gente sigue

empleándolos como si fueran los antiguos agujeros en el suelo, el no-uso de las puertas en los cubículos individuales o la de aquellos servicios que directamente prescindían en su construcción de puertas o tazas dada su persistente inutilidad. Los reiterados mensajes de los carteles cívicos prohibiendo subirse a las tazas, fumar, escupir y demás micro-rituales corporales cívicos daban muestra de ello.

Volviendo a la viñeta; mi propia reacción de repugnancia ante la imagen del retrete embozado frente a la reacción del hombre que se reía de mi situación denota una *quiebra* (Agar, 1991) entre nuestros sentidos de la normalidad civilizatoria. En mi caso, como hombre blanco nacido en un país europeo donde el civismo pequeñoburgués es la norma, y en el suyo como hombre que vive en un país donde el orden normativo aún se encuentra en disputa dado al complejo marco sociológico de China: 1) la ideología cívica de estado que ahora promulga e impone el orden pequeño-burgués; 2) la generación de hijos únicos nacidos después de las Reformas disciplinados en este orden; 3) los millones de inmigrantes rurales que ahora viven en la ciudad y que traen consigo sus *habitus* rurales; y, por último, la 4) transformación, a marchas forzadas de un espacio urbano altamente ideológico. Todo ello provoca que las ciudades chinas sean como grandes tableros de juego donde las instrucciones de juego —las normas cívicas— estén aún por ser determinadas dada la constante entrada y salida práctica de nuevos jugadores.

CONCLUSIONES

En el presente artículo hemos definido la “civilización” como un concepto técnico empleado en sociología: el sistema de coacciones morales mutuas que permiten la distinción social y la pacificación corporal. Dicho sistema se vincula a la aparición histórica del Estado como centro normalizador y disciplinario que arrebató a los agentes el uso legítimo de la violencia. Así, para que el sistema civilizatorio se sostenga son necesarias la serie de codificaciones y ritos de comportamiento corporal que conocemos como cortesías, maneras, ceremonias, educación, etc.

Es evidente que muchas de las codificaciones civilizatorias que actualmente promulga el estado chino tratan de mejorar, de forma objetiva, en términos funcionales, la calidad de vida de los ciudadanos del país. Sin ir más lejos, el control de las heces y los miasmas sépticos en los núcleos urbanos ha sido, desde antiguo, una preocupación fundamental que influye de forma directa en las tasas de mortalidad (Stanwell-Smith, 2010). Pero la efectividad ideológica de los procesos civilizatorios del tipo estatal recae, precisamente, en la fusión —hasta el

punto de la indistinción– de la funcionalidad que presentan las necesidades biológicas más primarias, con los preceptos morales más arbitrarios. No ha sido mi intención discriminar en este artículo cuáles de estas medidas cívicas en China pertenecen a un ámbito o al otro, sin embargo, sí he querido poner de manifiesto la correspondencia entre ciertas prácticas cívicas espacio-corporales y el actual sistema económico de mercado al cual podríamos denominar “capitalismo con características chinas”.

El caso espacial que hemos tratado desde un punto de vista etnográfico es el de los lavabos públicos de Nanjing que, en su actual morfología, denota un claro viraje hacia el individuo, el pudor y la higienización corporal. En épocas premodernas en estos espacios imperaba un sentido del orden sobre todo pragmático: las pocilgas en las zonas rurales, las casetas familiares en las zonas urbanas pudientes y el *matong* en el resto de áreas urbanas. Con la llegada de los colonizadores europeos se introdujeron en China los lavabos y los retretes de taza, como parte del interior de los espacios residenciales. En los siglos XIX y XX empieza un periodo de poderosa hibridación civilizatoria donde las formas normativas locales —expresiones, maneras y rituales– y las formas coloniales entran en disputa. Finalmente, con las reformas económicas de 1978 y la posterior “Revolución de los Lavabos” estos textos espaciales pasan a ser leídos como indicadores de una noción de progreso que no deja de adscribirse a las lógicas mercantiles globales; prueba de ello es que es la Administración de Turismo Nacional quien abandera la reconstrucción de dichos espacios, priorizando las zonas urbanas turísticas y económicamente más relevantes del país.

La efectividad simbólica de la reforma de los lavabos públicos es triple; 1) proyectar una imagen internacional de estado, de Partido y, en síntesis, de civilización, cosmopolita y moderna. 2) Proyectar una imagen interna de Partido-estado centrada en la construcción del *nosotros público*. 3) El modelaje de unas subjetividades individuales cada vez más privatizadas y pacificadas que se alejan del, antaño central en la política china, concepto de *clase*.

En este sentido, el espacio urbano representa el umbral donde la ideología civilizatoria toma cuerpo y el discurso pasa a ser práctica en el acto mismo de habitar. Hemos visto esta transformación en la multiplicidad de servicios de Nanjing; cuanto más antiguos, menores son las divisiones internas, menor es la decoración externa y mayor es el funcionalismo espacial. Por el contrario, en los nuevos servicios cada vez son más numerosas las separaciones internas por medio de cubículos, puertas, barreras y pestillos. Lo mismo sucede con la

transición en el tipo de retrete, antes siendo el hegemónico el agujero en el suelo, ahora substituido por la taza de porcelana estilo Crapper, siendo esta una transformación meramente estético-moral sin funcionalidad evidente.

Por supuesto, la revolución de los lavabos esconde del mismo modo intereses materiales igual de relevantes. Empezando por la inversión millonaria en infraestructura que esta revolución supone, siendo el sector de la construcción pública el principal motor de circulación de los capitales en China. Y, por otro lado, la creciente privatización que supone, por ejemplo, la presencia masiva de centros comerciales por toda la ciudad y que tienden ahora a suplir las funciones de los servicios públicos en forma de servicios semipúblicos, unificando las necesidades biológicas del cuerpo con las necesidades de consumo del mercado.

Con todo, lejos de ser una imposición vertical, hemos visto que el espacio es constituido en un proceso dialéctico en el acto de habitar y ser habitado; de este modo la ideología civilizatoria que el estado trata de inscribir en el espacio urbano y, por ende, en los cuerpos, se ve continuamente desbordada por las propias condiciones situacionales del día a día en China. Los lavabos revelan así una lucha de posiciones y contradicciones marcada por varios factores clave: 1) la ideología de estado que, como hemos dicho, ahora acepta y promulga el orden pequeñoburgués; 2) la generación de jóvenes postreformas disciplinados en dicho orden; 3) los millones de inmigrantes rurales que viven en la ciudad y que traen consigo sus *habitus* rurales; 4) la aún muy reciente transformación de un espacio urbano que precede a la propia transformación sociocultural.

Por todo ello, podemos decir que el futuro del modelo civilizatorio en China es todavía incierto; lejos de ser un actor pasivo en este juego por las hegemonías civilizatorias, simultáneamente locales y globales —*glocales* (Moreno, 2011)—, las condiciones demográficas, culturales, históricas y espaciales del país pueden resultar un límite natural para el proceso civilizatorio que la economía de libre mercado trae consigo e, incluso, para las propias condiciones de posibilidad del propio modelo desarrollista capitalista.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAR, M. (1991): “Hacia un lenguaje etnográfico”, en *El surgimiento de la Antropología posmoderna*, Barcelona: Gedisa (pp. 117-140).
- ANAGNOST, A. (2004): “The Corporeal Politics of Quality (Suzhi)”, *Public Culture*, 16 (2), pp. 189-208. Accedido desde <https://www.muse.jhu.edu/article/169125>.
- AUGÉ, M. (2000): *Los no-lugares: Espacios del anonimato*, Barcelona: Gedisa.

- BOURDIEU, P. (2008): *El sentido práctico*, Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- CHAN, K. W. (2012): "Crossing the 50 Percent Population Rubicon: Can China Urbanize to Prosperity?", *Eurasian Geography and Economics*, 1 (53), pp. 63-86. <https://doi.org/10.2747/1539-7216.53.1.63>
- CHANCE, N. A. (1991): *China's Urban Villagers: Changing Life in a Beijing Suburb*, Orlando: Harcourt Brace College.
- CHEN, N. N., CLARK, C. D., GOTTSCHANG, S., y JEFFERY, L. (eds.) (2001): *China urban. Ethnographies of contemporary culture*, London: Duke University Press.
- CHENG, S., LI, Z., UDDIN, S. M. N., MANG, H.-P., ZHOU, X., ZHANG, J., ZHANG, L. (2018): "Toilet revolution in China", *Journal of Environmental Management*, 216, pp. 347-356. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jenvman.2017.09.043>
- DAI, W. (2018): "Seats, Squats, and Leaves: A Brief History of Chinese Toilets", *Sixth Tone*. Consultado: 12 de enero del 2019 (<https://www.sixthtone.com/news/1001550/seats%2C-squats%2C-and-leaves-a-brief-history-of-chinese-toilets>)
- DUPONT, H. L. y BEAN, W. B. (1978): "Sir John Harington, Thomas Crapper, and the flush toilet", *South Med Journal*, 71 (9), pp. 1145-1147. DOI: 10.1097/00007611-197809000-00026
- ELIAS, N. (1987): *El Proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- FOLCH, D. (2016): "Song Cities and Mongol Conquest", *The European Discovery of China*. Consultado: 12 de enero del 2019 (<https://www.futurelearn.com/courses/european-discovery-china/2>)
- FRIEDMAN, S. L. (2004): "Embodying Civility: Civilizing Processes and Symbolic Citizenship in Southeastern China", *The Journal of Asian Studies*, 63 (3), pp. 687-718. <https://doi.org/10.1017/S0021911804001688>
- GAETANO, A., y JACKA, T. (eds.) (2004): *On the Move: Women and Rural-to-Urban Migration in Contemporary China*, Portland: Columbia University Press.
- GEISLER, T. C. (2000): "On Public Toilets in Beijing", *Journal of Architectural Education*, 53 (4), pp. 216-219. <https://doi.org/10.1162/104648800564626>
- GERNET, J. (2005): *El mundo chino*, Barcelona: Crítica.
- GOFFMAN, E. (1990): *The Presentation of the Self in Everyday life*, London: Penguin books.

- HANH, H. P. (2018): "Approaching Civilization from an Anthropological Perspective: The Complexities of Norbert Elias", *Anthropology and Civilizational Analysis*, New York: Suny Press, pp. 35-52.
- HARVEY, D. (2017): *El cosmopolitanismo y las geografías de la libertad*, Madrid: Akal.
- HOU, Y., WANG, K. y LIU, F. (2017): "Quanguo gongxin gajian luyoucesuo 6.8 wanzuo zhuanjia: cesuogemingxi wushi zhi ju [Construcción en todo el territorio nacional de un total de 68.000 nuevos baños públicos en zonas turísticas bajo el plan: Concretando la Revolución de los Lavabos]", *Zhongguo caijing*. Consultado: 15 de noviembre del 2019 (<http://finance.china.com.cn/industry/20171120/4443017.shtml>)
- LARREA, C. (1997): *La cultura de los olores. Una aproximación a la antropología de los sentidos*, Quito: Abya-Yala.
- LEIBOLD, J. (2007): *Reconfiguring Chinese Nationalism. How the Qing frontier and its indigenes became Chinese*, New York: Palgrave Macmillan.
- MA, R. (2003): "Population Growth and Urbanization" en *Understanding Contemporary China*, London: Lynne Rienner (pp. 227-254).
- MORENO, I. (2011): "Los papeles posibles de la antropología en tiempos de glocalización", *Revista Andaluza de Antropología*, 1, pp. 2-25. <http://dx.doi.org/10.12795/RAA>
- ROMERO, A. (2018): "From Process of Civilization to Policy of Civilization: A holistic review of the Chinese concept wenming", *(Con)textos*, 8, pp. 1-14. Accedido desde <http://revistes.ub.edu/index.php/contextos/article/view/27293/28304>
- STANWELL-SMITH, R. (2010): "Public toilets down the drain? Why privies are a public health concern", *Public Health*, 124, pp. 613-616.
- THOMAS, N. (2018): "China's 'Toilet Revolution' Shows Us That Politics Still Matters in the Xi Era", *MacroPolo*. Consultado: 15 de junio de 2020 (<https://macropolo.org/chinas-toilet-revolution/>)
- TOMBA, L. (2014): *The Government Next Door: Neighborhood politics in Urban China*, London: Cornell University Press.
- ZAVORETTI, R. (2017): *Rural origins, city lives: class and place in contemporary China*, Seattle: University of Washington Press.

ZAVORETTI, R. (2010): "Ciudades chinas: ¿Un 'escenario de riesgo'? Desigualdad, malestar social y la política del esencialismo cultural", *CIDOB d'Afers Internacionals*, 89, pp. 103-125. Accedido desde <https://www.jstor.org/stable/25746490>

Recibido: 29/03/21

Aceptado: 24/11/21

Arán Romero Moreno es antropólogo, doctor en Estudios Interculturales por la Universidad Autónoma de Barcelona. Especializado en estudios sobre la sociedad china y en antropología política, ha sido investigador invitado en la Universidad de Nanjing y la Renmin University of China (Pekín). aran.romero@uab.cat